

PARADOJAS DE LA VIDA

Mi buen amigo sufría desde bastante tiempo una depresión nerviosa, que le llevó al linde de un disparatado desenlace.

Le aquejaban constantes dolencias en distintas partes del cuerpo; asma pertinaz, vahídos temblor de piernas, dolores de cabeza, zumbidos en el oído, acortamiento de la visualidad, pérdida progresiva del apetito... en fin; una verdadera calamidad, con su secuencia de total retraimiento, para todo cuanto alegra nuestra vida. Tiempo hacia que, a pesar de nuestra entrañable amistad, no nos comunicábamos, como antaño, nuestros problemas, nuestras alegrías, nuestros pesares...

Mi amigo desapareció, como por arte de magia, de los lugares donde solíamos encontrarnos y charlar un buen rato de todo lo que charlarse pueda, que no es poco. Debo confesar que, casi le olvidé por completo. Residente, él, en un extremo de la población, mis pasos no me llevaban nunca al lugar donde no me hubiera sido difícil encontrarle. Casualmente, un día, supe por un común amigo, que Pedro (así lo llamaremos), no andaba muy bien de salud; pero a nuestra edad, los sesentones, mucho hacemos con ir tirando, como se dice vulgarmente, y no hice el menor caso, por considerar casi normal que el amigo no disfrutara de una cabal salud. A mi modo de ver, yo me hallaba en su mismo caso, y ello, no me preocupaba lo más mínimo.

Un día, al atardecer, cuando me place deambular por nuestras calles, al doblar una esquina, tropecé con mi amigo... Nos quedamos mirando, estáticos, como no dando crédito a nuestro encuentro y casi nos abrazamos. Preguntas y respuestas de rigor, manos enlazadas, palmatitas en el hombro... todo cuanto ocurre cuando se encuentran dos buenos amigos como somos nosotros, sucedió en aquel momento.

Le encontré optimista cien por cien, dicharachero, bromista... no era el mismo... no era mi amigo... estaba completamente cambiado: ni en sus mejores tiempos, ni en aquellos años, ya remotos, de nuestra juventud habíase mostrado, lo feliz que ahora; no daba la sensación de una persona enfermiza, como lo describió nuestro común amigo. Al contrario; rebosaba salud por los cuatro costados y confieso que, en el fondo su maravilloso porte, me produjo, en los primeros momentos del encuentro, un tenue sentimiento de envidia, que se desvaneció, rápidamente, al iniciar sus explicaciones del caso extraordinario, de la paradoja que le estaba sucediendo.

Sus dolencias, ya descritas con todo lujo de

detalles, le incitaron a acudir al médico. Inyecciones, pastillas, gotas, tabletas, jarabes, ayunos, abstinencias, todo, toda la gama médico-farmacéutica le fué aplicada sin resultado positivo alguno; si: parecía que tal medicamento aliviaba, en parte sus dolencias; pero a los pocos días de tratamiento, se reproducían aquellas, con la natural desesperación del paciente.

Hasta que, al fin, y por consejo de un familiar decidióse a consultar un especialista y aquello, fué el final de su doloroso calvario por esta vida.

Auscultación y exámen general; análisis de sangre y poca cosa más... y a los dos días, el tan temido pronóstico; plétora sanguínea; exceso de sangre en el organismo... De ahí todas las molestias reseñadas y otras sin reseñar; reduciendo el caudal sanguíneo, desaparecería ipso-facto el motivo de su desesperación.

Y así fué: primera sangría de seiscientos gramos y otra de quinientos a los veinte días, dejaron, al amigo, completamente nuevo, rejuvenecido, tal como pude constatar en nuestro encuentro, después de tanto tiempo sin vernos... Y yo que lo imaginaba, desmoralizado, envejecido, vejetando por esta vida esperando el paso a la otra... ¡Nada de eso! Muy al contrario...!!! Me parece, y casi estoy seguro de ello, que seremos muchos los que iremos delante de él hacia el reposo eterno. Eso no es todo, sin embargo! Hay, todavía, que examinar la parte paradójica de éste caso... las consecuencias crematísticas de la enfermedad de mi amigo...

Después de la segunda extracción de sangre y cuando Pedro, se disponía a satisfacer los honorarios al doctor, éste se negó a aceptarlos: nuestro amigo quedó mudo de asombro al oír las siguientes palabras del galeno: Soy, yo, quien está en deuda con Vd...!!!; analizada su sangre, resulta excelente como plasma y por su donación circunstancial debe Vd. percibir una cantidad que voy a entregarle.

Mi amigo ha recuperado, momentáneamente la salud: ha desaparecido, por completo, el cúmulo de molestias que le aquejaban, y encima de ello, el buen amigo Pedro, se ha convertido, de la noche a la mañana, en un pequeño rentista, ya que, de sus explicaciones, se deduce que periódicamente percibirá una remuneración que aliviará el menguado presupuesto familiar.

Ni que decir tiene que no sentimos, por todo ello, ni pizca de envidia: el buenazo de Pedro se lo merece todo...!!

A. M.